

EL CONFESIONARIO DEL DIABLO (1 de 2)

Autor: Federico Rivolta

Categoría: Terror / miedo

Publicado el: 04/05/2024

Los edificios abandonados presentan una belleza que no se encuentra en los lugares atestados de gente. El silencio permite un goce pleno de sentidos, y solo los pájaros se atreven a irrumpir en el vacío con sus cantos. El aire, libre de polución, llega hasta el fondo de los pulmones, mientras la luz solar ingresa por aquel tamiz de murallas, dando vida independiente a cada pigmento. Todo aquello despierta nostalgia por lo que imaginamos pudo haber sido esa obra en plenitud; y el sentimiento es mayor cuando el edificio es grande, como un teatro, un castillo, o una iglesia.

El padre Ignacio fue el primero en ingresar. La iglesia estaba abandonada desde hacía setenta años. Un lugar que supo acoger a cientos de feligreses cada domingo, se había convertido en un sitio fantasmal. El edificio se extendía en todas las direcciones, en especial hacia arriba, pues su techo era tan alto como el cielo. Fue una pérdida millonaria, pero, según se decía, las inundaciones a su alrededor habrían privado el acceso. Al final se tomó la decisión de construir una parroquia en el centro de la ciudad, al alcance de todos.

Aquella nueva estructura no contaba con la calidad en su mobiliario que había tenido su predecesora, y cuando todo comenzó a destruirse, al párroco se le ocurrió ir en busca de los finos muebles de la vieja iglesia.

Sus obras talladas eran majestuosas, de esas por las que se gastaron vidas enteras en su manufactura. Contaba con largos bancos, cuya madera sólida había sobrevivido a los trastos enchapados del edificio nuevo; los doseles en las paredes tuvieron en su momento adornos bañados en oro, pero los ladrones no se hicieron esperar; y en el centro de la escena, el altar aún contaba con una sólida piedra superior, que pesaba tanto que nadie se había animado a robarla. Pronto las puertas fueron cerradas con cadenas, y los hurtos cesaron casi por completo. Manteniendo al edificio congelado en el tiempo.

La idea original del padre Ignacio era llevar los bancos, de los que más de la mitad aún estaban firmes, pero se le iban los ojos ante tanto lujo desmoronado.

–Está todo roto, Padre –dijo uno de los obreros.

Es que el mobiliario de ese lugar era macizo, y aquel hombre consideraba que no le pagaban lo suficiente como para un trabajo tan duro. Pero el sacerdote seguía mirando a su alrededor y ordenando que llevaran todo aquello que podía tener alguna utilidad, hasta que de pronto vio un mueble cubierto con un manto.

Se acercó despacio, y sintió que un silencio lo envolvía. Corrió la tela como quien sabe que hallará algo sublime, y así fue; bajo la tela encontró el confesionario más exquisito que vio en su vida. Era una obra labrada del siglo XVI, que nada tenía que envidiarle a la de la catedral de Toulouse.

El párroco enmudeció ante tanta belleza gótica. Tenía columnas de roble torneadas en espiral, coronadas por un arco en punta con dos querubines. Estaba immaculado, lo único que requería era un cambio de cortinas, que eran de color púrpura, el más lujoso de esos tiempos, pero habían sido atacadas por las polillas.

El cura debió ensayar sus palabras y, luego de varios intentos para recobrar el aliento, encargó que subieran el artefacto al camión.

Para levantar el confesionario tuvieron que trabajar en conjunto los cinco hombres que acompañaban al sacerdote. Uno de ellos seguía en contra de llevar semejante trasto, al final terminó teniendo razón, cuando el confesionario resbaló por un instante apresándole los dedos.

Cuatro fracturas de falanges en una mano y tres en la otra; eso fue lo que finalmente dictaminó el médico. Más allá de aquel infortunio, el mobiliario llegó ileso, y el siguiente domingo hubo un gran reestreno.

El padre Ignacio dio la bienvenida en la entrada de la parroquia, llevando su túnica más blanca que nunca. Todos querían asistir a la pequeña iglesia de Santa Fe para verla con las vestiduras traídas del viejo edificio. Las personas mayores querían reencontrarse con los muebles que conocieron en su infancia, que ya tenían cien años en aquel entonces, y que habían sido lustrados para hacerlos vivir por otros cien años más. Décadas habían transcurrido desde que se vio tanta gente en aquel sitio y, aunque nadie los contó, se habló de una asistencia de seiscientos sesenta y seis devotos.

La misa fue aplaudida al final; el padre Ignacio la había dado con el énfasis que le ponía en su juventud. Todos querían estrechar su mano en agradecimiento. Al final, se fue a sentar en el confesionario, a espera de quienes quisieran expiar sus pecados.

Las cortinas púrpuras habían sido sustituidas por unas de color rojo punzó, y la fila de creyentes llegaba hasta la entrada de la iglesia. Fueron muchos los que pelearon por pasar en primer lugar,

pero la viuda Justina de Aragón alzó su nariz respingada y, tras un resoplido, dijo que ella tenía merecido ese honor:

—Mi difunto esposo ayudó a construir esta parroquia, y yo he continuado donando dinero, mucho más que el podrían dar todos ustedes juntos.

Los demás terminaron aceptando, y enseguida ella entregó el bolso a su chofer, que la duplicaba en tamaño, para luego caminar con la espalda bien erguida hasta el confesionario. Estuvo allí durante unos pocos minutos, y salió sin color en las mejillas. No quiso mirar a nadie, y atravesó la multitud mientras sujetaba los botones de su blazer. Sus pequeños tacos resonaron con rapidez por los escalones de la entrada, y el chofer la siguió sabiendo que esa era la señal de que debía llevarla de inmediato a su mansión.

Luego de aquello pasaron al confesionario otras tres personas, y todas ellas, al correr la cortina, salieron con la misma expresión de terror. Había decenas de creyentes en la hilera que habrían seguido experimentando lo mismo, de no ser porque el cuarto en pasar dijo a los demás que se retirasen, que el cura ya no continuaría con las confesiones ese día.

Pronto la iglesia se vació, pero poco después alguien se acercó para dar una terrible noticia. El automóvil de Justina de Aragón había caído por un acantilado, tomando la vida de ella y la de su chofer.

...

...continúa en la segunda y última parte...

Publicado bajo licencia [Creative Commons BY-NC-ND](#)

Enlace original del relato: [ir al relato](#)

Otros relatos del mismo autor: [Federico Rivolta](#)

Más relatos de la categoría: [Terror / miedo](#)

Muchos más relatos en: [cortorelatos.com](#)